



# EL HOMBRE Z

PEDRO SUÁREZ OCHOA



# **EL HOMBRE Z.**

**Pedro Suárez Ochoa.**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso escrito del autor.

Editorial: PIEDRA DEL MEDIO.  
pedrovso80@gmail.com  
Primera edición: 2019.

## **CONTENIDO.**

**Capítulo I.**

**Capítulo II.**

**Capítulo III.**

**Capítulo IV.**

**Capítulo V.**

**Capítulo VI.**

**Capítulo VII.**

**Capítulo VIII.**

**Capítulo IX.**

**Capítulo X.**

**Capítulo XI.**

**Capítulo XII.**

*A mi amada esposa, mi refugio eterno.*

## CAPÍTULO I.

**Tengo que contar** lo que ha sucedido y está sucediendo en el mundo, y no sé por qué lo hago, tal vez escribo porque me gusta la idea de saber que alguien me leerá en algún momento, y cuando digo alguien me refiero a alguna persona de un futuro que no está próximo, un futuro donde la humanidad “al fin” haya ganado esta batalla.

Lo que menos se pensaba que ocurriría ocurrió—el Apocalipsis Zombi—ya sé que aquellos fanáticos de las películas Z siempre supieron que esto vendrían y se prepararon para ello, pero para todas las demás personas era una simple ficción para generar mucho dinero. Yo sin embargo, me ubico dentro de los que consideraron esto una fantasía más, pero que se podía hacer realidad.

Ahora me encuentro solo dentro de un centro comercial, muy vigilante de que otros grupos de sobrevivientes no acaben conmigo o con mis recursos. Ellos están dispuestos a morir y a matar por un simple bocado de pan o de lo que sea.

Cuando esto empezó éramos más de siete mil millones de personas por todo el planeta, ahora sobrevive solo el 5 % de la humanidad. Al principio del apocalipsis fue un caos total, eran humanos infectados comiendo a otros humanos; fue devastador, trágico y sangriento. En mi caso no lo fue tanto, ya yo era un lobo solitario, nunca quise formar parte de la manada, era profundamente egoísta y solo hacía contacto con la sociedad para ganar dinero. Vendía cualquier cosa vinculada a la música y al sonido a través de EBay y Mercadolibre; cualquier baratija que encontraba en China la compraba y la enviaba a Caracas. Gané mucha plata así, aunque de nada me sirvió, el dinero ahorita es solo papel que sirve para limpiarse el trasero. Los evangélicos tenían razón cuando parafraseaban la biblia diciendo: “llegará el día en que tendrás dinero pero no podrás gastarlo”.

No se sabe con exactitud el día que la *Enfermedad Zombi* llegó a Venezuela, pero se llegó a afirmar que esta bacteria viral que cambia por completo las funciones del cerebro llegó a nuestro país un 5 de diciembre de 1998 para no irse nunca, siendo el lugar de la hora cero algún puerto de La Guaira. Mi persona se encontraba en la ciudad de Puerto Ordaz cuando por primera vez en mi vida, vi a un repugnante zombi, mis ojos no daban crédito a lo que veían, no podía imaginar que se trataba de un muerto viviente, solo sentí una cosa: miedo, mucho miedo, tanto miedo como siente el cazador cuando es sorprendido por el tigre y no le da tiempo de defenderse. Casi fui mordido por aquel podrido de no haber sido por un balón de baloncesto que había comprado en el centro comercial, al interponer la pelota entre los dientes del zombi y mi rostro me dio el chance para correr como alma que llevaba el infierno. Todos dentro del centro comercial comenzaron a correr por todas partes, cuando después se escucharon los disparos de los oficiales de seguridad y uno más que otro agente policial. Todos empezaron a buscar las salidas, todas las salidas posibles. De pronto éramos una masa de gente convertida en una mortal estampida, al final no se supo si murieron más personas por los ataques de los zombis o por la estampida. Yo por el contrario no me uní al pensamiento de la masa, me uní a unos pocos que decidieron refugiarse en un lugar seguro del centro comercial.

—¡Arriba, tenemos que ir arriba! —había gritado un oficial de seguridad, el cual era un hombre ligeramente obeso y con una calvicie insipiente. No todos parecían prestarle atención. La mayoría, como dije antes, corría por sus vidas hacia las salidas, haciendo el intento de llegar a sus vehículos para llegar a sus casas.

Yo me pegué a aquel vigilante, después de todo estaba armado y estaba mejor capacitado que yo para hacer frente a una contingencia donde la vida estaba en peligro. Junto al oficial de seguridad estaba pegada una hermosa rubia espigada que había decidido deshacerse de sus tacones altos para poder correr. Los tres empezamos nuestra carrera hacia arriba a través de escaleras convencionales. Entonces de pronto nos percatamos que detrás de nosotros venía un puñado de gente huyendo, y detrás de ellos los

hambrientos muertos vivientes que eran tal vez más ágiles que nosotros. Corríamos con todas nuestras fuerzas, superando el doble de nuestra capacidad física, pero aun así nos alcanzaron, todavía recuerdo el olor a sangre viva y a viseras humanas. Está grabada en mi mente la mirada agonizante de una niña y su joven madre, creo que no hay terapia psicológica que me ayude a olvidar esas miradas, sobre todo la de aquella niña. Y lo que más me atormenta es que no pude hacer nada para salvarla, y en el sótano de mi conciencia está el hecho de que no hice nada por ella, sabiendo que podía ofrendar mi vida a cambio de unas inocentes.

—¡Vamos, es tarde! —me gritó el oficial de seguridad para sacarme de mi estado de shock, pero su grito no pudo sacarme de ese estado, pero el ruido de su arma sí—. ¡Carajo, que no tengo balas infinitas!

Mis piernas se volvieron a mover, los muertos vivientes que nos perseguían estaban distraídos con los humanos que habían alcanzado. Pero sucedió que yo había huido con tal ímpetu, que me olvidé por completo de quienes corrían a mi lado, tal vez hasta me había olvidado de mí mismo, es decir, había perdido por un instante conciencia de mi ser y para cuando pude volver en mí, estaba solo, completamente solo. El horror seguía cerca, tenía que bloquearle el paso hacia mí o encontrar algún escondite, algo que me ofreciera seguridad. Estaba sediento, la larga carrera cuesta arriba había demandado mucha agua de mi propio cuerpo, pero había que encontrar ese escondite. Lo primero que pude encontrar fue una farmacia, no obstante, no estaba abierta, sus puertas de cristales habían sido aseguradas. Recordé entonces que aquellas tiendas de ese centro comercial tenían otras formas de entrar, un tiempo atrás había sido empleado en este mismo centro comercial, en una tienda de ferretería, se podía entrar por algún ducto del aire acondicionado a cualquier parte. Solo tenía que encontrar la sala de mantenimiento y yo sabía dónde estaba.

A mis oídos todavía llegaba el bullicio de la gente en la planta baja del centro comercial, también se escuchaban muchos disparos, disparos como de armas automáticas. Pensé entonces que la guardia nacional o el ejército se habían infiltrado en el lugar para

acabar con aquellos monstruos. Pero no iba a averiguar quiénes estaban realmente disparando. Llegué a la sala de mantenimiento, cerca de la puerta estaba algunos utensilios de limpieza dispersos por el suelo, habían sido sin duda abandonados por los trabajadores quienes tal vez habían logrado huir por la salida de mantenimiento y quizá estarían ahora en la seguridad de sus casas. Al entrar a la mencionada sala, me dirigí rápidamente al mapa de ruta de los ductos de ventilación. “Aquí está, Farmacia”, pensé en voz alta señalando el ducto dibujado en el mapa. Me dirigí efectivamente a ese ducto, no sin antes tomar una larga escalera de aluminio. Cuando entré por esa especie de pasadizo, pude sentir el rigor y la fuerza del aire acondicionado, deseé entonces estar abrigado, pero no había tiempo para pensar en confort, así que gateé con rapidez por el ducto hacia la farmacia, hasta que pude llegar. Una vez allí, sobre el techo raso, el ducto tenía ramificaciones hacía varias partes, elegí con prontitud una dirección y encontré entonces una rejilla de aluminio, era muy estrecha la abertura pero suficientemente grande para que yo entrara. No obstante, estaba atornillada desde afuera, no iba ser fácil entrar por allí, pero tenía que hacerlo. Golpeé con la fuerza de mi brazo aquella rejilla pero parecía que ni se movía. Necesitaba una herramienta, algo que me sirviese de palanca. Me regresé hacia el cuarto de mantenimiento, afortunadamente todavía había electricidad para ese momento. “También necesito un arma, no puedo andar así”, pensé para mis adentros mientras iba gateando por el ducto de ventilación.

Al llegar a la sala de mantenimiento, me puse a buscar lo que necesitaba, había diversidad de herramientas y había una palanca, de esas llamadas *pata de cabra*. Solo las había visto en películas y yo sabía que la usaban los ladrones para robar las casas. Me puse a buscar un machete, un cuchillo, o algo con filo que pudiese cortar o penetrar. En ese instante escuché el sonido de personas corriendo, gritando. La sangre se me heló nuevamente y casi mis piernas desfallecieron. Recordé entonces una vez que mi madre me contó que sus piernas desfallecieron cuando iba a bordo en avión que volaba desde Panamá hacia Venezuela y hubo tanta turbulencia cerca del aeropuerto Simón Bolívar, que al aterrizar mi madre no

podía levantarse de su asiento y cuando pudo hacerlo sus piernas temblaban sin control, sintiendo que su cuerpo sobre sus piernas pesaba toneladas. Así me sentí, pero yo no podía desmayarme, sí lo hacía estaba muerto. Respiré profundo y arrastré mis piernas como pude, el bullicio de gente, aunque más que bullicio era un conjunto de especie de gemidos guturales. Al ponerme en movimiento sentí casi al instante mis piernas volver, aunque no dejaba de estar muy aterrado.

Desde el interior de la sala de mantenimiento, atajé la manilla de la puerta y lo hice con una pala de jardinería. Desde afuera iba a ser muy difícil abrirla, por no decir casi imposible, Tendrían que usar una fuerza descomunal para echar abajo la puerta. Esa acción—la de asegurar la puerta con la pala—me dio un poco de tranquilidad. Además de la pata de cabra, me puse a buscar otras cosas que pudiese necesitar y para mi sorpresa encontré un arma de plástico color azul, tenía un cañón bastante ancho y era ligera pero sólida. Pensé que era un arma de juguete pero después de leer un manual que rezaba: *Pistola de bengala*, recordé las películas de naufragos, que los sobrevivientes tenían una pistola así, y disparándola al aire, la munición era como un fuego artificial con la diferencia que este quedaba alumbrando por varios segundos y rompía la oscuridad de la noche. Desde luego esta arma no era letal, pero debía de causar mucho dolor. También encontré una linterna de cabeza. Tomé entonces la pistola con su conjunto de cartuchos de bengala, la linterna y un pequeño machete que estaba bien afilado. A pesar de todo, en medio de ese loco y aterrador momento, era mi día de suerte.

Ahora los gemidos estaban frente a puerta de la sala de mantenimiento, pero solo fue por unos treinta segundos a lo máximo. Yo ya estaba introduciéndome por el ducto de ventilación hacia la farmacia, y al llegar a la ventanilla de ventilación, la arranqué sin mucho esfuerzo con la pata de cabra. Del techo al piso eran tres metros o un poco más de altura. Me fue infiltrando poco a poco, no quería romperme un tobillo o una pierna y mucho menos buscaría hacerlo cuando de seguro el hospital de la ciudad era un caos y ni hablar que no podría pedir una ambulancia. Quedé

colgado con mis manos en una de las orillas de la ventanilla y luego me dejé caer: “listo, estoy aquí”, me dije y tomé una buena bocanada de aire que me dio tranquilidad.

Al estar en la farmacia lo primero que hice fue apagar las luces del interior pero al instante se encendieron unas de emergencia pero no eran la gran cosa, pero aun así me dispuse a apagarlas manualmente una por una. Las luces exteriores del centro comercial iluminaban parcialmente el interior de la farmacia. Dicho local, donde me encontraba, era una especie de mini market. Conté siete pasillos que estaban repletos de víveres, cosméticos, chucherías saladas y dulces y artículos diversos para el hogar. Al final de los pasillos estaba la farmacia como tal, y estaba completamente abastecida. De pronto vi cómo se iba reuniendo un grupo numeroso de zombis, sentí terror, lo único que nos separaba eran unas puertas y paredes de vidrio. El corazón me latía fuerte, me mantuve detrás de los pasillos, sin hacer el menor ruido. Estaba muy sediento así que tomé del refrigerador una botella de agua mineral de litro y medio, me senté en el piso en un lugar donde había una sombra, desde allí yo podía ver hacia afuera como los zombis se reunían muy cerca de la farmacia. Me pregunté si podían saber que yo estaba allí, fue en eso que vi a aquel oficial de seguridad que nos prestó su ayuda, pero ahora era un zombi más. Sentí pena por él y tuve un poco de asco sobre mí, porque “yo estaba a salvo”. Bebí la mitad de la botella de agua y al instante un agradable frescor recorrió mi cuerpo, mis poros parecieron dilatarse porque sentí más intenso el aire acondicionado.

Mientras miraba hacia afuera, a los zombis, me percaté que la farmacia tenía un portón de seguridad de rejillas macizas, de esos que quedan enrollados en la parte superior. De seguro los empleados de este sitio habían salido de aquí a las carreras dejando al menos las puertas de cristales cerradas con llaves. “Pudiera bajar ese portón y así podría estar más tranquilo”, me dije, pero recordé que esos portones se aseguran desde afuera y también necesitaría los candados, los cuales tienen que estar aquí con sus llaves en alguna parte. Pero ni por el carajo saldría allá, no era Rambo ni Capitán América, ni tampoco tenía armas de fuego. Por lo pronto

tendría que conformarme con no hacer ruido ni dejarme ver, “solo espero que no tengan buen olfato”.

## CAPÍTULO II.

Llevaba ya siete días en la farmacia, y a partir de allí ya no tenía el sentimiento de estar resguardado, me sentía más bien confinado a vivir dentro de una prisión. Había escogido el mejor lugar para esconderme. Tenía mucha agua, comida, chucherías, cosméticos y un arsenal de medicinas disponibles para mí para atacar a una gripe hasta una grave infección. Tenía además material para entretenerme, como revistas, un par de novelas, un tomo gigante que hablaba todo con respecto a medicinas como sus dosificaciones y sobre el uso para determinada enfermedad o malestar que se estuviese padeciendo; pero estaba solo, me tenía a mí nada más, y claro, también a mis amigos zombis que esperaban que asomara la cabeza para devorarme en un segundo o para contagiarme con esa maldita cosa que estaba dentro de ellos.

En el quinto día de estar resguardado en la farmacia, había cometido el error de dejarme ver, entonces había recibido un gran susto que solo me sirvió para salir huyendo. Los zombis parecían que echarían abajo todos esos cristales reforzados de la farmacia, pude ver como los estremecían. Sin perder tiempo construí un improvisado andamio para colarme otra vez por el conducto del aire acondicionado y llegar hasta la sala de mantenimiento. Una vez allí pude respirar aliviado, pero jamás iba a tener toda la comodidad que tenía en la farmacia, así que tenía que recuperar mi castillo. Había quitado la pala de jardinería que sujetaba la manilla de la puerta, me armé de valor y salí al exterior. Mi plan era acercarme lo suficiente a los zombis que intentaban echar abajo los cristales reforzados de la farmacia para para luego atraerlos hacia mí y así alejarlos de la farmacia. Afortunadamente los zombis son tan faltos de inteligencia como los que se podían ver en películas.

Cuando quité la silla que atascaba la manilla de la puerta, sentí cómo un frío empezaba a recorrer mi cuerpo. “No salgas”, me dijo mi conciencia, pero yo tenía que salir. Me había colocado un

cinturón de cuero de mantenimiento, de eso que usan los fontaneros y los electricistas. Allí coloqué la pistola de bengala y el pequeño machete, la pata de cabra decidí tenerla empuñada como arma primaria. “Vamos, tienes que salir”, otra voz llegó de mi interior, era la parte valiente en mí. Abrí la puerta, la cerré y me dirigí con mucha cautela hacia la farmacia; no obstante, decidí asomarme en una baranda para dirigir mi vista al resto del centro comercial, lo hice con la esperanza de que ya los zombis o la mayoría de ellos se hayan ido a comer cerebros al exterior. Pero no fue así, había una marea de esos monstruos esperando que algo fresco les cayera del cielo, y ese algo fresco procuraría que no fuese yo.

Cuando estuve cerca de la farmacia, presencié como aquellos engendros aporreaban los cristales.

—¡Hey, hijos del infierno!, ¡Aquí estoy, aquí está mi carne! —grité a todo pulmón.

Casi al instante todos los zombis pararon de golpear los cristales, buscaron a su alrededor para ver de dónde vino aquel grito.

Había comenzado a correr como alma que lleva el diablo, entonces recordé el portón plegable de la farmacia. Si lo desplegabam ahora mismo podría tener más seguridad, sería muy difícil para esos zombis derribarlo. “Por qué no pensé en esto antes”, me dije, no tenía un plan al respecto; en ese instante comenzaba a improvisar algo.

El nivel del centro comercial donde me encontraba era circular u ovalado, si seguía corriendo sin parar llegaría directo a la farmacia nuevamente, del otro lado claro está. Pero mis pulmones y músculos tal vez no aguantarían la carrera, pero no quería volver a salir para hacer esa tarea. Los zombis estaban lejos de mí, pero ahora en mi persecución. Estaba llegando a la puerta de la sala de mantenimiento. “Al carajo, me voy a arriesgar”, seguí corriendo entonces. Ya no había tiempo para cuestionarme si sería el peor error de mi vida.

### CAPÍTULO III.

Los zombis seguían a una buena distancia detrás de mí, para mi sorpresa no estaba cansado aunque ya comenzaba a respirar con fuerza. Tenía que controlar mi respiración, allí estaba la clave, en mantener un ritmo de mi respiración. “Llegas a la farmacia, saltas y te agarras del portón, y con todo tu peso lo despliegas muy rápido”, pensaba mientras corría. No cargaba los candados para asegurar los pasadores, pero tenía que al menos cerrar ese portón con pasadores; “no creo que esos zombis tengan la inteligencia para abrirlos”. “Vamos, corre, corre, tienes que mantener al menos un paso, no te canses, no te canses, vamos piernas no me fallen”.

Mi persona seguía manteniendo una buena ventaja sobre mis hambrientos perseguidores, y me faltaba poco para llegar a la farmacia. Solo tenía que resistir un poco más, pero sucedió que empecé a escuchar pasos o tal vez carreras. Al principio pensé que había sido mi imaginación, sin embargo no fue así. Cuando pasaba por una escalera que comunica con el resto del centro comercial, un reducido grupo de zombis estaba por llegar al nivel donde me encontraba. Estaban muy cerca, sentí que mis piernas perdían su fuerza, era como si no hubiese comido todo el día. Pero no podía desmayar, mis piernas no podían quedarme mal, así que les grité: —“¡Vamos amigas!, no me dejen mal”. Ahora tendría que acelerar mi paso, no obstante ya no tenía tanta resistencia como al principio, y no tenía miedo como al principio...tenía ahora era pánico y terror.

Contrario a mis deseos no puede acelerar mi paso, y sentí como si el nuevo grupo de zombis me respiraba en el cuello. Pero no podía voltear, si lo hacía perdería una fracción de segundo, y por ende ellos acortarían más distancia. La sólida palanca de acero que cargaba conmigo me pesaba ahora un tonelada, la quería soltar...y la solté; al hacerlo me sentí con más comodidad para correr, y allí fue cuando sentí que me alejaba del nuevo grupo de perseguidores. A pocos metros de mí estaba la farmacia, tenía que decidir ahora,

en un segundo, si continuar mi carrera o hacer una pausa para bajar el portón. “Vamos”, me dije y luego salté con mis manos extendidas hacia el portón, colgándome de la parte superior. Al tener todo mi peso colgando del portón desplegable, éste bajó con mucha facilidad, pero se desplegó hasta la mitad, así que volví a colocar todo mi peso, esta vez apoyado en mi pie derecho e inmediatamente bajó por completo, a la vez sentí que algo, algo muy pesado y que olía muy mal se abalanzaba sobre mi persona, era un podrido. Me giré rápidamente como pude, estaba exhausto, pero había mucha adrenalina desplegada por cada partícula de mi cuerpo. El zombi daba dentelladas, tratando de mordirme, sentía su asqueroso mal aliento, era como oler alquitrán mezclado con el cadáver descompuesto de un perro. Saqué la pistola de bengala, y sin pensármelo dos veces la disparé en la garganta del zombi, el cual dejó de forzar conmigo. Tenía ahora milésimas de segundo para cerrar los seguros pasadores del portón, solo pude asegurar uno, sin candado desde luego. “Con uno está bien”, me dije y seguí corriendo con todas mis escasas fuerzas, no miré atrás, tenía que ahora llegar a la puerta de la sala de mantenimiento. Ya no podía hacer ninguna tontería, y de repente ya no quise luchar más, quería abandonar la carrera, realmente ya no podía más, aquel zombi que se me había abalanzado había terminado de agotar mis energías. “Lánzate al vacío, lánzate al vacío. Déjate comer, déjate comer”, oía esas voces en mi cabeza, mis pulmones me dolían mucho, realmente me dolían como nunca en toda mi vida.

La muerte suele ser un bocado dulce cuando el dolor es insoportable, la muerte te seduce, abre sus brazos dándote la bienvenida para entrar en su misterioso mundo. “No abandones la carrera, no te rindas Castro, no se rinda señor Castro”, me pareció escuchar la voz de mi entrenador del liceo: “siempre hay un segundo aire, tenemos un tercer pulmón”, volvía a escuchar a mi entrenador, entonces sentí energías, aumenté mi paso, pude hacerlo y no sé cómo, pero lo hice. No podía darme el lujo de voltear para ver a mis hambrientos perseguidores. La puerta del mantenimiento estaba cada vez más cerca. “Vamos, vamos”.

Entonces sentí que algo había rozado mi franela, pero no me iba a detener para ver qué había sido.

Abrí la puerta y cerré muy rápido, luego aseguré la manilla. Jadeaba como un caballo salvaje luego de haber huido de su depredador, avancé unos cinco pasos y comencé a vomitar con mucha fuerza, mi cuerpo tenía un exceso de adrenalina y por alguna parte tenía que salir eso. Luego mis piernas me fallaron, “vaya, amigas, a buena hora”. Me había desplomado al piso pero sin perder la conciencia. Oía cómo los zombis aporreaban la puerta, ésta se estremecía. Esas puertas eran bastante sólidas, pero con una masa de zombi aporreando sin parar podría venirse abajo. Tenía que levantarme, no podía darme el lujo de poner a prueba aquella puerta, pero mis piernas aun no respondían. Entonces me concentré en llevar la mayor cantidad de oxígeno a mis pulmones en mi estado de reposo, Había consumido mucha glucosa en aquella carrera de la muerte.

Cuando mi respiración ya estaba casi normalizada mis piernas respondieron, temblaban, pero seguían mis órdenes. No perdí tiempo y subí por la escalera de aluminio, una vez en el ducto me las arreglé para alzar la escalera y dejarla dentro del ducto. No creo que esos bichos tengan inteligencia para subir una escalera de aluminio, pero no lo iba a averiguar si echaban la puerta abajo. Comencé a gatear, estaba bastante sediento. Mientras gateaba un pensamiento invadió mi cerebro y me llenó de alegría: “Ahora mismo todos los zombis deben estar concentrados frente a la puerta de la sala de mantenimiento”, lo que se traducía que el portón de la farmacia estaría despejado y podría asegurar ambos pasadores con candados.

Al llegar a la farmacia no perdí tiempo para beber agua. Luego fui a la oficina y tomé las llaves de la puerta de cristal y los candados. Tal como había pensado, el frente de la farmacia estaba despejado, no pudo haber salido mejor, toda esa carrera había valido la pena. Abrí las puertas de vidrio templado y procedí a terminar de asegurar el portón. Entre la vidriera y el portón había poco más de un cuerpo de distancia. Los pasadores estaban por

fuera, pero no hubo problema en cerrarlos y asegurarlos ya que el portón era de rejillas y mi mano entraba con holgura.

Al colocar los candados eché un vistazo con detalle hacia afuera, buscando posibles enemigos. Pero no había nada, con seguridad todos estaban distraídos con la puerta de la sala de mantenimiento. Aseguré con cerrojo las puertas de vidrio y luego respiré de alivio: “ahora hidratémonos un poco”. Me dirigí a la nevera y tomé una botella de agua mineral y una lata de refresco cola. El aire acondicionado y la hidratación refrescaron mi cuerpo con rapidez. Me quedé sentado en el suelo, mi espalda estaba apoyada en la pared y mi vista estaba colocada hacia afuera de la farmacia, estaba quieto el centro comercial, con excepción de los gemidos de los zombis, gemidos que en cierta forma los empezaba a tolerar, además, gracias a los vidrios templados y al sonido del aire acondicionado llegaban a mis oídos—los gemidos—con moderación.

El refresco cola estaba delicioso, su alto contenido de azúcar me devolvió las energías. El agua ya la había bebido toda y el refresco lo degustaba. Sentía placer, creo que era el placer de estar a salvo y seguro. Tenía la convicción de que las *fuerzas armadas* en cualquier momento entrarían para acabar con todos esos muertos vivientes. No podía estar en mejor situación, tenía mucha comida, agua, medicinas y un lugar seguro. Mientras veía hacia afuera mis ojos se iban cerrando, un sopor de sueño se estaba apoderando de mí. Me levanté y me fui a la oficina administrativa de la farmacia, allí había un muy cómodo sofá de cuero negro. Me eché allí y dormí profundamente.

## CAPÍTULO IV.

Seis días habían pasado desde que hube asegurado el portón de la farmacia. Por primera vez el hecho de estar solo empezó a hacer mella en mis emociones, así que tuve que adoptar una rutina muy fuerte de ejercicios, eso cansaría mi cuerpo lo suficiente para dormir bien, es cierto que tenía un ejército de pastillas de somnolencia a mi disposición pero no quería vivir drogado cada día, ni tampoco quería consumir antidepresivos; el ejercicio enérgico era mi mejor opción, aunque no podía abusar, siempre tenía que tener una buena reserva de energía para una situación fuera de lo común.

Las fuerzas armadas no llegaban, empezaba a desesperarme, si al menos hubiese tenido señal en mi celular o en el teléfono de la farmacia todo hubiese sido más fácil. De pronto se me ocurrió buscar una radio tipo walky talky dentro de la sala de mantenimiento. Los de mantenimiento también usaban esos radios. Tener un dispositivo de eso traería mucha esperanza a mi vida.

Sin perder tiempo, luego de tomar mi almuerzo (sándwich de atún con mayonesa), me introduje por el ducto y llegué hasta la sala de mantenimiento. Aún los zombis seguían aporreando la puerta, aunque con menos intensidad, “tontos zombis, solo razonan para morder carne”.

Busqué por toda la sala hasta que hallé un par de esos radios. Eran pequeños pero de un peso consistente y tenía cargador de batería y además contaban con los códigos o frecuencia para otros servicios de empleados del centro comercial, como administradores, seguridad y paramédicos. Con aquellos dispositivos la esperanza volvió a mí. Además de los radios transmisores había encontrado una linterna pequeña de esas que son recargables y de una luz led de alta intensidad; me vino a la mente las linternas tácticas para fusiles de asaltos de esas que se ven en películas. En la farmacia había también una linterna—de las grandes—. Me di cuenta entonces que estaba creando un kit de emergencia para sobrevivir

allá afuera si tuviese que salir solo. Tenía que ahora organizarme muy bien y preparar una buena mochila. Necesitaba una mochila, nunca hallé una, pero podía hacerla con ciertos materiales. Tiempo y recursos era lo que me sobraba y si no los aprovechaba, entonces mejor era que me ahorcara de una vez por negligente y perezoso.

“Sí me tocase salir mañana, o ahora mismo, ¿qué llevaría conmigo?”, pensé. Tenía que ser un equipaje completo con el peso ideal, uno que me permitiera avanzar rápido pero que a la vez me ofreciera todos los elementos necesarios para poder sobrevivir. Hice una lista, enfocándome en mi seguridad, para eso tenía que tener armas, ya sean de fuego o cualquier otra cosa que neutralizara un ataque de esos podridos, necesitaba alimentación, había que mantener un nivel óptimo de calorías y vitaminas. La hidratación sería un desafío, lo que más consume el cuerpo humano es agua, después de todo somos 70% agua, y en la hidratación había que mantener un equilibrio de electrolitos, es decir, consumir un tanto de sal. Y por último, medicina y confort, al confort se pudiese describir con una mejor palabra: logística.

Con la actividad para preparar una mochila de emergencia junto a mi rutina de ejercicios, me había llenado de mucho optimismo y de energías renovadas. Empecé a prepararme psicológicamente para el hecho de que jamás vendrían las *fuerzas armadas* a rescatarme. El agua con que contaba desde los grifos en cualquier momento dejaría de ser bombeada y con la comida de la farmacia, pues, en algún momento se iba a terminar. Pronto, moverme fuera del centro comercial sería mi mejor opción, pero por ahora tendría que alimentarme de la farmacia lo más que pudiera, allá afuera tal vez ya no había nada, a lo mejor todo se había acabado en horas y de eso me había dado de cuenta al encender los radios transmisores, los cuales nunca captaron—en ningún canal de frecuencia—alguna voz humana.

El enorme peso de saber que quizás era la única persona viva en cientos de kilómetros cuadrados te hacía entrar en depresión. Pero la depresión no era una ostentación que me podía dar. Vi como en muchas películas e historias, que la soledad absoluta, luego de deprimirte y volverte loco, haces que atentes contra tu vida. Pero

cómo escribí hace un rato, ese no era una ostentación que me podía dar, por algo estaba vivo, algo tenía que hacer o algo tenía que terminar. Tal fue mi pensamiento y tenía que pensar así, encontrar un propósito más allá de tu egoísmo te da mucha fuerza para seguir viviendo, así como la madre de condiciones humildes que jamás se rinde ante las situaciones adversas con fin de cumplir la misión de mantener a sus hijos sanos y salvos hasta que sean hombres o mujeres de bien. Tenía yo —por deber— que lograr esa fuerza de voluntad: la de una madre.

## CAPÍTULO V.

Ya tenía mi mochila lista junto con las armas que usaría. En Venezuela, desde hace tiempo, habían dejado de vender armas de fuego en tiendas, es decir, estaba prohibido para civiles, aunque la delincuencia nunca dejó de portarlas. Así que, buscar una pistola o una escopeta en alguna tienda de este centro comercial iba a ser imposible. Pero seguro algún policía estaría por allí convertido en zombi o estaría muerto con sus intestinos desparramados por el suelo pero aún con su arma y municiones en su pistolera. Tendría que arriesgarme a salir si quería tener un arma de fuego. No obstante, me empecé a relajar como pude, siempre manteniendo la guardia. La farmacia tenía muchas revistas a la venta, mucha de ellas revistas científicas, económicas y de política, el resto estaba dedicado a la vanidad y a la farándula, pero también disfruté mucho de ellas. En la oficina había un par de libros, uno de medicina general, el otro libro era uno por demás muy bueno, llamado Fahrenheit. Cuando no estaba en mi rutina de ejercicios estaba leyendo, pero también descubrí que podía escribir, llevar un diario o algo parecido.

Mis días cuando todo se convirtió en una rutina automática, empezaron a pasar rápido; pero, la soledad se convertía en un monstruo cada vez más difícil de vencer. Hubieron dos semanas que no hice nada, solo dormir y comer, y a veces asearme. Estuve a punto de recurrir a todas esas drogas que estaban a mi disposición, tenía una droga para cada cosa: una para deprimirme, otra para dormir, una para evadir el dolor y la realidad, otra para relajarme y tener felicidad, y otra más para estar muy activo. Podía estar así hasta que llegase mi último día; pero me contuve, las drogas nunca son buenas consejeras. Así que retomé mi rutina de un hombre que se quiere a sí mismo y que quiere vivir. La soledad seguiría estando allí y mientras no tuviese compañía humana ella siempre iba a estar en ventaja sobre mí, sin embargo, podía resistir, no hacerle el

camino fácil. Hasta que un día vi que algo se paró en la baranda exterior del nivel donde me hallaba. Su color era verde brillante, era un loro, un hermoso loro que estaba allí como si nada hubiese pasado. De seguro era domesticado. Tenía que hacerme con ese loro, me había obsesionado por completo con esa ave, sentía que podía dar mi vida por ese animal. Era lo único no-zombi que había visto en 75 días. Pero solo lo contemplé por un minuto, luego se marchó. Se me había quedado viendo, tal vez él también se maravilló de ver a un humano sano.

En las siguientes horas mis pensamientos fueron dedicados a ese amigo de color verde, de seguro era domesticado y estaba buscando ahora un nuevo amo porque tal vez el suyo estaba convertido en zombi. Le había colocado un nombre: Pirata. Cada día esperaba que Pirata se parase en la baranda, pero no lo hacía. Comencé a perder las esperanzas, pero a los cinco días luego de haberlo visto por primera vez, Pirata estaba muy cerca al portón de la farmacia. Yo, sin perder tiempo fui en busca de un paquetico de frutas en conservas, abrí una de las puertas de cristal y le arrojé frutas conservadas. Pirata, con una de su patas había comenzado a agarrar frutas para llevarla a su pico. Disfrutaba como comía, quería salir y tomarlo, pero eso lo espantaría y a lo mejor jamás volvería. Cada día Pirata empezó a venir por esa rica fruta conservada en azúcar y deshidratada. Los zombis parecían ignorarlo por completo, o tal vez simplemente no lo habían visto. Para mí era fácil abrir el portón plegable de la farmacia, pero no iba a ser fácil agarrarlo, y menos a un animal que me llevaba la ventaja de volar. “La montaña tendrá que ir a Mahoma”, así que cree un plan para Pirata.

## CAPÍTULO VI.

El plan era una idea simple, solo le pondría frutas cada vez más cerca de la farmacia, un día él tendría que atravesar las rejillas del portón para desayunar sus frutas en conservas. Lo único que podría ser un inconveniente es que el espacio de las rejillas fuese muy reducido y no pudiera entrar. Pero si mi mano entraba, ese hermoso loro también podía hacerlo.

Un día, Pirata tuvo que acercarse hasta el portón, pero solo pudo comer una fruta, el resto de las frutas estaban detrás de las rejillas. “Vamos amigo, sí quieres más, tendrás que entrar”, dije y me dediqué con paciencia a esperar. Yo estaba oculto, si Pirata atravesaba la segunda entrada que era las puertas de cristal, yo saldría de mi escondite para cerrarlas, pero él tenía que adentrarse más y más por las frutas. Me había asegurado de no darle muchas raciones los días anteriores para que el hambre lo venciera. Y así fue, el milagro estaba en plena ejecución, Pirata se estaba adentrando a su nuevo hogar.

Cuando el loro estuvo adentro de la farmacia y lo suficientemente alejado de las puertas de cristal, yo salí como rayo de mi escondite y cerré la puerta. Pirata se asustó y voló hacia la salida, pero ya era tarde. Ni siquiera quiso acercarse por completo a aquella barrera de cristal, yo estaba allí tal como un espantapájaros.

## CAPÍTULO VII.

Morir por un loro, arriesgarlo todo por un ave, ¿valía la pena?, absolutamente. Pirata se enloqueció, saltando y volando por toda la tienda farmacéutica. Yo le dejé, no intenté buscarlo, todo lo contrario, lo ignoré por completo. Permití que se calmara por sí solo, para que supiera que no estaba en peligro y si había sido domesticado de seguro se adaptaría bien a su nuevo hogar.

Continué con mi rutina, era el tiempo de lectura y mientras leía revistas y Fahrenheit 451, degustaba de un paquete de galletas con chispas de chocolate. Le había puesto frutas y agua a Pirata en un lugar alejado de mí. Ahora me sentía mucho mejor, ya no estaba solo, tenía a alguien a quien pensar y cuidar. Una mañana, apenas rayaba el alba, me levanté sobresaltado, alguien gritaba: “Auxilio, auxilio...auxilio”. Pronto me di de cuenta que era Pirata quien estaba gritando y no una persona. No tuve más remedio que demostrar mi alegría con una larga carcajada. Mi amigo verde estaba muy cerca de la oficina de la farmacia—donde yo dormía—, de seguro solo estaba pidiendo su desayuno. Lo saludé y me dirigí al lugar donde le servía su comida, servía sus fruticas y después fui a asearme.

Mientras caminaba hacia el baño, meditaba en mi loro: *uno*, esta ave estaba domesticada, ya no había duda de ello y pronto querría siempre estar cerca de mí, si es posible sobre mi hombro. *Dos*, era muy posible que las últimas palabras del último dueño o dueña de Pirata fue: auxilio. Entonces, era muy posible que esa persona ya estuviese muerta por el hecho de que Pirata estaba por allí. “A penas pudo escapar Pirata”. Bueno, eran meras suposiciones, yo no tenía prueba de ello,

Después de alimentar a mi amigo y de limpiar su suciedad, me puse en mi rutina fuerte de ejercicios. Cuando finalicé cociné huevos deshidratados con un poco de leche en polvo, una lata de salchichas enlatadas junto a tres rodajas de pan. Mientras comía, Pirata se acercaba a mí de manera graciosa, como caminan todos

los loros, y para mi sorpresa saltó y se posó sobre mi mesa mientras desayunaba.

—Y bien amigo, ¿quieres un poco de estos huevos? Tal vez sean huevos de loros y no querrás... —bromeaba con él y luego le puse algo de comida sobre la mesa para que terminase de completar su desayuno—. ¿Cuál será tu real nombre? Bueno, algún día me lo dirás. Bienvenido, amigo, es un placer —acerqué mi mano a Pirata y me picoteó bastante duro, haciéndome un mallugón en mi dedo índice que rápidamente comenzó a moretearse. —Lo sé, estoy yendo muy rápido, tómate tu tiempo, Pirata.

Después de mi desayuno me puse en mí otra rutina: el aseo de mi refugio. Hacía mantenimiento tres veces a la semana, era importante para mí mantener mi lugar aseado y ordenado, era cierto que allá afuera de seguro había un caos total con mucho olor a muerte, pero yo no podía seguir esa corriente. Luego del mantenimiento a mi lugar, tomé una pequeña merienda a media mañana: unas ricas galletas saladas con un toque de queso fundido, también había bebido un poco de jugo de frutas tropicales. En la farmacia tenía alimentos que iban a vencer en los próximos seis meses, pero había enlatados y otros alimentos bien preservados que en cuatro años o más, vencerían.

En el centro comercial todavía había luz eléctrica, era un milagro pero no era de extrañar, esa electricidad provenía de una fuente casi inagotable: el río Caroní, el cual represado en sitios claves a fin de aprovechar su gran fuerza en la corriente de sus aguas a través de turbogeneradores. Pero me preparaba psicológicamente para que en cualquier instante se fuese tal fluido. Con respecto al captar alguna señal en mis radios transmisores, me preocupaba sobremanera, no agarraba ninguna conversación, me negaba a aceptar que todo se hubiese acabado; <<había electricidad, así que allá afuera tenía que haber humanidad luchando...pero, por qué nadie entraba a rescatarme>>. Había tenido la impresión de quedarme dentro de aquella farmacia para siempre, o mejor dicho, hasta que consumiera la última gota de agua y la última lata de atún. Me sentí abrumado por ese hecho, así que tuve un fuerte deseo — en algún momento— de salir de mi refugio y buscar a esa

humanidad porque así como yo, tendría que al menos haber un puñado de gente allá afuera luchando por sobrevivir.

“Aquí, en este centro comercial, también deben haber personas refugiadas en alguna tienda”, pensé.; pero no me iba a atrever a averiguarlo.

## CAPÍTULO VIII.

Pirata se fue acercando más a mí, ya al menos no me picoteaba cuando le ofrecía comida desde mi mano, ni tampoco lo hacía cuando lo invitaba a montar en mi mano y brazo. Las horas, los días y los meses comenzaron a avanzar normalmente, ya no los veía como una carga pesada, al menos no tan pesada. La luz eléctrica ya se había ido, solo quedaba agua en las tuberías pero no sería por mucho tiempo, me había dedicado a almacenarla de diferentes maneras y mientras quedase en la tubería la iba a consumir y aprovechar al máximo. En la farmacia tenía cloro y pastillas para purificar agua, así que no me preocupaba almacenar ese vital líquido, no obstante, cuando éste no me llegase por las tuberías ello se iba a convertir en un grave problema. “Tal vez esta agua no me está llegando de afuera”, medité con respecto al vital líquido, el agua me podía estar viniendo del tanque principal del centro comercial, estaría consumiendo sus reservas entonces; pero no tenía ni la más remota idea de cuánto quedaba.

Tuve la impresión de que en algunas semanas o máximo en un par de meses, esa agua se me iba a terminar. Me preparé mejor al respecto, haciendo un plan de salida de exploración para recolectar el agua para cuando mis propias reservas estuviesen a la mitad. Comida tenía de sobra, no para hacer una fiesta e invitar a muchos amigos, pero para una sola persona y un loro era bastante. En la radio no aparecía nada, yo transmitía algo todos los días con la esperanza de que alguien me contestase, pero nada. No me desanimé, de seguro estos radios eran de poco alcance, tal vez solo para este centro comercial y sus cercanías. “Un momento, estoy dentro de un centro comercial, aquí puede haberlo todo”, dije. Y en verdad era así, estaba dentro de uno de los centros comerciales más importantes de Puerto Ordaz, no el más grande ni el de mejor tecnología, pero sí uno de muchos años de tradición. Eso significaba que podía conseguir radios de alto alcance, o mejor aún, podía

haber una estación de radio FM, y de seguro tenía que haberla. Empecé entonces a examinar las posibilidades que tenía para desplazarme por todo el centro comercial sin ser devorado por esos malditos engendros. No podía siempre ir corriendo de aquí para allá, eso era un riesgo que no estaba dispuesto a tomar al menos que fuese estrictamente necesario. “Los ductos, puedo usar los ductos”, era una buena idea, además, ya la había puesto a prueba. Tal vez hasta podía visitar cada tienda usando los ductos. Pero aun así esa idea me dio miedo, algo podía salir mal.

## CAPÍTULO IX.

—Hey, Pirata, no lo comas todo—hablé a mi loro mientras comía semillas de girasol.

—Rúa, rúa...sabrosa, sabrosa—contestó Pirata, quien tenía un gran repertorio de palabras aprendidas.

Todo el lugar tenía que estar comunicado por ductos, y también por pasajes, escaleras y ascensores alternos a fin de ser usados por personal de mantenimiento y bomberos.

Desayunaba avena con uvas pasas en un preparado de leche en polvo. Veía como Pirata comía sus semillas. “¿Qué puede salir mal?, bueno, en realidad todo puede salir mal. Aquí estoy bien... Pero no seas tonto, además no pretenderás vivir aquí por todas las eternidades. Y necesitas ropa nueva, ya basta de usar los mismos trapos”, hablaba con mi propia conciencia mientras seguía desayunando.

Al terminar mi avena revisé las cosas que ya tenía listas para hacer mi exploración. Tenía que llevar algo de alimento altos en colorías y en valores nutritivos, pero que no me ocuparan mucho espacio, así que tomé varios paquetes de semillas de merey, maníes y un puñado de uvas pasas. Tenía una botella grande de agua para mi exploración, sin embargo bebí una buena porción antes de embarcarme a lo desconocido. Lo demás era algunas herramientas para violentar las ventanillas con que me iba a encontrar, tenía también mis armas listas.

—Vuelvo pronto amigo, te dejo suficiente agua y ya deja de comer semillas porque te convertirás en un loro obeso y nadie quiere eso. No, no, no puedes ir conmigo, tendrás que cuidar el lugar.

—Rúa, rúa...sabroso, sabroso.

—Sí, lo sé, está muy sabroso.

Había comido suficiente avena para tener energías y estar bien nutrido. Me eché entonces a la aventura. Sabía el riesgo de esta

misión, pero cuando ya hube empezado a gatear por el ducto que llevaba a la sala de mantenimiento, un sentimiento de aventura comenzó a suplantar al del miedo, parecía que solo con el hecho de ya estar en acción el cerebro se encargaba de rechazar los pensamientos que no le convenían; eso es lo que debe pasar con los boxeadores cuando ya están sobre el cuadrilátero y empiezan a sudar, a golpear y ser golpeados, la adrenalina de la acción borra el miedo que sintieron meses antes de la gran pelea en contra de un gran contendiente, y yo ya estaba enfrentando a mi contendiente.

Al llegar a la sala de mantenimiento escuché como los zombis aún aporreaban la puerta. Me impresionó que llevaran semanas y semanas en ello. Eso quería decir dos cosas, ellos—los zombis—conservan por mucho tiempo, sino para siempre, el último estímulo que vivieron, lo que demuestra que su cerebro sigue trabajando pero a un nivel solo de memoria de corto plazo, pero muy corto plazo, y lo segundo es que yo había sido su último estímulo; esto no sé si me causó tristeza o alegría.

Me interné por otro ducto, gateé y gateé hasta que llegué a alguna tienda, forcé una de las ventanillas y me introduje al lugar. Desde afuera llegaba luz solar ya que el techo principal del centro comercial era un gran traga luz en forma de óvalo. No era bastante abundante la luz solar pero se podía ver con suficiente claridad, además, desde que se había ido la electricidad mis ojos se habían acostumbrado a la poca o moderada luz. El lugar donde estaba era una boutique de ropa íntima para mujeres. “Vaya, justo lo que necesitaba”, pensé con sarcasmo para mí. Sin embargo recapacité: “cualquier lugar me puede ofrecer algo para sobrevivir o para mejorar mi vida”. Sin perder tiempo me puse a revisar el lugar de ropa íntima, me esforcé por no volcar mis pensamientos acerca de mujeres y de cómo podían llevar aquellas prendas, no tenía una mujer a mi lado y no me iba a torturar por ello así tuviese que volverme en una especie de monje viviendo un celibato de por vida.

En esa tienda de mujeres había encontrado mucho dinero en efectivo: “de nada me serviría excepto para limpiar mi trasero cuando ya no tuviese papel de baño”. De tanto buscar lo que pude encontrar que consideré que me podía ser de mucha utilidad fue un

par de novelas románticas, que aunque no soy fan de ese género podrían brindarme muchas horas entretenimiento al lado de mi amigo Pirata, además de los libros, había tomado una gruesa chaqueta de cuero que de seguro era del propietario.

Luego de estar buscando en la tienda de ropa íntima y adquirir pocos recursos necesarios para mi supervivencia, seguí viajando por los ductos para visitar las siguientes tiendas. Había llegado a una tienda deportiva y me había costado mucho entrar, el triple de esfuerzo que usé para entrar en la farmacia o en la tienda de ropa íntima femenina. La tienda deportiva estaba intacta, solo había algo de polvo y telarañas. En ese lugar podía encontrar ropa nueva y unos mejores zapatos, me había decidido por unas botas de montañistas, la ropa que tomé fue unos cuantos monos de tela resistente y algunas jersys frescas de colores conservadores. Había muy buenas mochilas de montañistas o de camping de las mejores marcas; había sido una gran fortuna haber encontrado aquella tienda. Elegí una gran mochila, me había decidido por una de color negro, podía colocar muchas cosas allí. Seguí hurgando por la tienda y me había encontrado con el departamento de cacería y pesca deportiva. Tomé una caña de pescar, nunca había usado una, en realidad nunca había pescado, pero de seguro iba a aprender. Tomé de allí un par de botas de cacería, una chaqueta camuflada con tonalidades verdes y marrones, también tomé un pantalón camuflado parecido en las tonalidades de la chaqueta. Había en ese mismo departamento grandes cuchillos de un acero muy resistente y de mucho filo y de un color oscuro. No había rifles de balas convencionales, pero sí había rifles de aire comprimido. “Esto será como una picadura de mosquito para un zombi, pero ya servirá para algo”, dije sobre el hermoso rifle de aire comprimido que había tomado, y con éste tomé varias cajas de balines. Me hice también con una brújula, una linterna de alta luminosidad, una cantimplora forrada de lona color verde oliva, una gorra de caza; el resto fue bóxeres deportivos de esos que llegan hasta las rodillas, y como cinco pares de medias o calcetines.

Cuando ya tenía todo listo, me fijé que ya la luz solar estaba por ocultarse; mi expedición por solo dos tiendas me había llevado una

buena parte del día. Cuando empezaba a colocar en el ducto todas las cosas que había tomado, comenzaron a llegar zombis frente a la tienda deportiva, no sé qué había llamado su atención, pero se estaban reuniendo para presenciar tal vez, la única fuente de carne fresca y sana de un humano. Afortunadamente el portón de rejillas estaba desplegado ante las paredes de vidrio de la tienda. Entonces fue movido por la curiosidad para acercarme a ellos, quería detallarlos, ver de cerca a sus ojos. Al acercarme a la entrada se enfurecieron, sus ojos parecían estar bañados en sangre y noté que dichos ojos parecían salir de sus cuencas, eran horribles pero había vida en ellos, algo que no había visto jamás, ni siquiera en un perro enfurecido. La piel de los zombis era como la de personas vivas, pero llena de una especie de escama, algo parecido a la soriasis. “¿cómo saldré de aquí?”, me pregunté, no sabía cuándo exactamente iba a abandonar el centro comercial, ese día cuando llegara tendría que atravesar una marea de zombis esperando clavar sus dientes en mi carne para desgarrarla y con un fusil de aire comprimido no creo que pudiera hacer mucho.

Hice varios viajes hacia mi refugio, es decir, la farmacia, aun así no pude cargar con todas las cosas. Mañana sería otro día, no tenía tampoco porque estar apurado. Esa noche tomé un baño, me cambié de ropa y me eché a dormir en el sofá de la oficina de la farmacia, dormí como un bebé y para mi sorpresa había quedado tan cansado a causa de los viajes por los ductos, que no me levanté temprano, sino que dormí ininterrumpidamente hasta media mañana. Y me levanté porque Pirata había empezado a picotear mi nariz.

—Vamos Pirata, déjame dormir un poco más. Allí tienes comida y agua suficiente—le dije a mi acompañante, pero éste no se rindió hasta verme levantado y activo.

Tomé un desayuno abundante, el segundo que tomaba así desde que estoy en la farmacia. Para mi sorpresa, frente a la farmacia, había muchos zombis, no golpeaban el portón, solo me miraban con sus ensangrentados ojos. Algo ocurría, así había sido frente a la tienda deportiva, al parecer habían mejorados sus sentidos, en especial el del olfato. No tenía otra explicación al

respecto. Al acercarme a aquellas criaturas, se enfurecieron tal como lo habían hecho el día anterior; pude darme cuenta que eran los mismos zombis, tal vez algunos nuevos se habían sumado, pero en su mayoría eran los mismos.

—Tendré que acostumbrarme a despertar con ustedes, amigos —le dije a los zombis.

Mientras detallaba a mis amigos zombis, percibí un extraño destello de luz, y éste parpadeaba constantemente, sentí curiosidad y luego una emoción que comenzó a desbordarme, ¿era posible?, había alguien además de mí en el centro comercial, o mejor aún, quizá había más de un sobreviviente, pero, ¿por qué ahora me mandaban señales y antes no?, eso no importaba, “hay gente viva en este lugar, ya no estaré solo”. Caí en cuenta que el parpadeo de luz era un S.O.S., lo que significaba que tenía que darme prisa, alguien o algunos estaban en peligro, y lo más probable era que estaban sufriendo hambre o falta de alguna medicina.

Ese día comencé a preparar la mochila de montañistas con algunos alimentos de consumo rápido, tales como atún y sardinas enlatadas, galletas saladas y dulces, algunos chocolates y maníes. También guardé en la mochila un par de botellas de agua mineral, de dos litros cada una. También coloqué medicinas tales como: antibióticos de amplio espectro, analgésicos, antialérgicos, calmantes y suero en solución, de estas medicinas también puse su versión pediátrica, “nunca se sabe si hay niños”, pensé.

Por primera vez, desde que estaba en el centro comercial—encerrado en la farmacia—tuve un sentimiento de utilidad, me sentía con una misión, tenía una misión y ello renovó mi espíritu. El piso donde me encontraba en el centro comercial—como dije antes—era de forma oval, así que, si tenía suerte, podía llegar en ducto hasta el lugar de dónde provenían los destellos de luz. Sería un viaje largo e incómodo, en especial por tener que llegar aquella mochila acuesta.

Me despedí de Pirata y le dejé suficiente comida y agua, nunca se sabe cuándo uno va a volver nuevamente a casa, en especial cuando tienes un enjambre de zombis tras de ti tratando de devorarte.

## CAPÍTULO X.

Antes de partir al rescate de quien o quienes enviaban aquel S.O.S, me había tomado un buen desayuno, cereal de maíz en hojuelas, uvas pasas, leche y avena cruda, luego completé con un chocolate de barra. Tenía tanta energía que quería correr, pero dentro de un ducto de aire es imposible cumplir tal deseo, pero igual iba a necesitar todas esas calorías que me aportó aquel delicioso desayuno.

Me costaba mucho esfuerzo pasar los ductos empujando la mochila de montañista, afortunadamente no sufría de claustrofobia, ya que el espacio era reducido. La tienda de donde habían provenido los destellos de luz, por sus colores y sus logotipos, parecía ser una tienda de fotografía. “¿Por qué ocultarse allí, si había mejores tiendas, incluso tiendas de comida rápida?”, pensé, pero eso de nada importaba, los detalles pronto los iba a conocer. Por mi mente pasó el fuerte deseo de que se tratase de una mujer, sentía que era una mujer a quién tenía que rescatar y luego ella sería mi compañera, bueno, eso era lo que pasaba por mi mente. Desde luego si fuese un hombre sería genial, iba a tener un compañero y juntos podríamos sortear muchos obstáculos, pero nada como una mujer, ella podría de igual manera hacer todo lo que hace un hombre, y a la vez podría ser mi...No importa lo que piense o lo que desee, iba a tener compañía e iba a salvar una vida, o mejor aún, a salvar varias vidas.

Había hecho mis cálculos concernientes a la tienda de dónde provinieron los destellos, era la quinta posicionada del otro extremo del nivel donde me encontraba.

Finalmente ya estaba en lugar, no estaba seguro, me podía haber equivocado, pero igual comencé a forzar la ventanilla metálica del ducto de esa supuesta tienda, me había costado un poco forzarla con la palanca, pero igual cedió. Una vez abierta lo primero que hice fue gritar un “¡hola, ¿hay alguien allí!”, “Sí”, contestó una

voz femenina. Me había emocionado sobremanera, llevaba mucho tiempo sin oír una voz humana, y que grato había sido oír una voz de una mujer. Sin perder más tiempo lancé la mochila desde el ducto hacia el piso de la tienda, luego me lancé yo. Aún era de día, así que el tragaluz del centro comercial todavía iluminaba el lugar con suficiente claridad.

—Ayúdame—escuché, era la misma voz femenina. La voz venía detrás de las cajas registradoras de la tienda. Me dirigí allí con prontitud, mi mano sostenía la mochila para desplegarla de una vez al llegar hasta la mujer que necesitaba de socorro.

Tal vez tenía mucha hambre y se había debilitado en extremo, o algún medicamento en específico necesitaba, “ojalá traiga la medicina correcta”, pensé.

Efectivamente fue así, al llegar detrás de las cajas registradoras, había una mujer rubia, yo la había visto antes, alguna vez, o tal vez la asociaba con alguna rubia de la televisión. Ella estaba tirada al piso, me pidió comida; fue extraño, ya que su cuerpo estaba bien formado, no parecía estar muriendo de hambre.

—Dame algo de comer, por favor—me suplicó la mujer, tenía puesto un desgastado jean roto en ambas rodilla, y tenía puesta una playera ajustada de color rosado. La playera estaba como nueva. “Esto es raro”, me dije, recordando que estábamos en un centro comercial, y ropa nueva hay de sobra.

Me agaché para atenderla, lo primero que hice fue darle agua, ella bebió copiosamente. Entonces dos sombras se posaron frente de mí, cuando me iba a girar para ver que sucedía tras mis espaldas, dos hombres estaban allí, uno me apuntaba con una pistola, el otro dijo: “hay que matarlo, métele un tiro”. Sentí entonces un frío que recorrió mi cuerpo, no comprendí lo que sucedía, solo recuerdo que mi instinto fue levantar las manos y preparar mi mente para recibir tal tiro. Un pensamiento me vino: “no me mataron los zombis, al final fueron los humanos”.

—¡No lo mates! —exclamó la mujer rubia que hace un instante le ofrecía agua para beber.

—Sí, Carlos. No lo mates, pero sí se mueve, tan solo un poco, le vuelas la tapa de los sesos.

Sentí un alivio cuando aquella mujer intercedió por mí. Al menos viviría si no me movía tratando de hacerme el súper héroe, o simplemente se alargaría lo inevitable, como sea era bueno.

Uno de los hombres—el que no estaba armado—junto a la rubia, me sentaron en una silla y me amarraron de manera fuerte con algún tipo de sogá. Supe entonces lo que vendría, me abandonarían allí a mi suerte, y para cuando lograra desatarme por mí mismo, si es que llegaba a liberarme de esas cuerdas, estaría tan débil y deshidratado que tendría pocas probabilidades de sobrevivir.

Cuando el trío singular, quienes me habían engañado tal como a un niño pequeño, se marchaban, vi que cada uno sacó algo de sus bolsillos, eran pitos o silbatos para perros, de esos que operan en una onda que el oído humano no puede distinguir.

—Les hace mucho ruido en sus oídos, huyen de nosotros despavoridos, simplemente no lo soportan—me dijo el hombre que no estaba armado.

—¿A qué se refiere?—pregunté.

—A los zombis—me contestó la rubia. —Al parecer los zombis tienen un oído más afinado que los perros, y esta onda en particular, por alguna extraña razón, no la soportan.

—Interesante descubrimiento—contesté.

—En fin—continuó el hombre. —Si quieres seguir con vida, le explicarás a Carlos, mi amigo, cuál es el camino para llegar a tu oasis de refugio, de lo contrario te mataremos.

—Dile por favor, yo hablaré con ellos para que no te lastimen—me dijo la rubia.

—Vaya, le has caído bien a nuestra chica—dijo el tal Carlos. —Ahora dime, ¿cómo puedo entrar a esa farmacia?

—Solo tienes que seguir el ducto en el sentido opuesto del reloj. Contarás quince ventanillas grandes, esas son las entradas a cada una de las tiendas, después te encontrarás con el final, allí entrarás a la sala de mantenimiento. Bajas y luego subes por el siguiente ducto que estará exactamente frente a ti. Después de allí, cuentas dos ventanillas y en la tercera estarás en la farmacia. Eso es todo.

—Gracias—me dijo la rubia. —Te prometo que no te harán nada malo.

El tal Carlos, sin perder tiempo, había comenzado su recorrido, solo llevaba mi palanca y una linterna. Llegaría mucho más rápido que yo por no tener que arrastrar una pesada mochila. La mujer me dio a beber bastante agua de una de mis botellas, luego metió chocolate en mi boca, yo lo acepté, sabía que necesitaría esas calorías y mi cuerpo tenía que guardar una reserva de agua. Supe entonces con certeza que aquella mujer cumpliría su palabra de seguir intercediendo para que no me mataran. Ellos tres solos no podrían cargar con todos los suministros de la farmacia, algo me dejarían, esperaba que fuese al menos lo esencial. En fin, esta novedad adversa me ayudaría a salir de mi comodidad y tendría que explorar el mundo allá afuera. Y ahora tenía un conocimiento muy valioso, los silbatos de perros servían de espantazombis; el problema era dónde iba a conseguir uno de esos. Pero por ahora eso no era preocupación, ahora tenía como tarea liberarme de aquellas sogas que hacía que mi circulación sanguínea fuese más difícil.

Al cabo de una media hora, o más, vi como salían de la tienda de fotografía, ese hombre y la rubia. Habían salido con total naturalidad, como si no hubiesen zombis allá afuera, esos silbatos tenían que funcionar. Y Así fue, cuando los zombis comenzaron a acercarse a ellos—y eran muchos—vi como el enjambre de podridos huían de ellos, como si aquella pareja tuviesen collares de ajo y los mencionados zombis fuesen vampiros.

Tal vez había pasado una hora y media, cuando ya el trío comenzaba a saquear mi refugio, después de todo no era mi refugio, no había pagado ni un céntimo por esa farmacia y por todo lo que había allí adentro. A lo mejor los verdaderos dueños ya estarían convertidos en zombis a estas alturas. Yo por mi parte intentaba por todos los medios liberarme de las cuerdas y de la silla donde estaba atado, pero fue en vano, no hice nada. En determinado momento, cuando había oscurecido, me había rendido, ya no quería luchar, quizá era mejor dejarme morir y listo, pero una muerte por inanición de seguro no iba a ser algo dulce, sufriría mucho e iba a ser muy lenta. “Maldición, ¿por qué tuve que venir a salvar a esos desgraciados bandidos?”, “me hubiese quedado en la

seguridad de mi farmacia, ahora estoy aquí, como un mismo tonto. Moriré de sed o de hambre”. Estaba muy deprimido, codiciaba en ese momento estar en la comodidad de mi refugio, y estar con Pirata, mi único amigo... ¡Oh, Pirata! Me he olvidado de él, ojalá esté vivo. Menos mal le dejé suficiente comida y agua”. De pronto tuve una razón para luchar, una para no rendirme, una vida dependía de mí. Sucedió entonces que empecé a dar brinquitos hacia adelante con la silla, me costaba un mundo, pero avanzaba, tenía que encontrar algo filoso con que cortar las sogas; al menos ya estaba en movimiento, y cuando hay movimiento hay vida. Una especie de inspiración recorrió mi espíritu y tuve la convicción de que tarde o temprano me iba a liberar.

Afortunadamente estaba bien hidratado, había tomado un muy buen desayuno ese día, y aquella mujer rubia me había alimentado con chocolate; pero aun así me empezaba a cansar. En una mesa que estaba a unos cinco metros de mí, estaban la mayoría de mis cosas allí, entre ellos mi filoso cuchillo de cacería que había tomado de la tienda deportiva. Cinco metros no es la gran distancia, pero avanzando en brinquitos y atado desde una silla equivalía a correr la Maratón de Nueva York, pero no quería pasar una hora más en esa tienda de fotografía, tenía que liberarme lo más pronto posible ante que me quedara sin energías y mi cuerpo se empezara a deshidratar.

Luego de un par de horas aproximadamente, estaba extenuado, necesitaba descansar. Ya no había luz, estaba totalmente oscuro pero en mi mente ya estaba dibujado el trayecto y me faltaba menos de la mitad, sin embargo, una vez que llegara hasta el cuchillo iba a ser mejor que me tomara un buen descanso y esperar que amaneciera, no podía dejar caer el cuchillo al suelo, eso lo dificultaría todo. Cuando por fin llegué a mi meta, estaba totalmente exhausto, tenía sed además, así que me decidí por esperar a que amaneciera. Durante mi descanso—por demás incómodo—me dieron fuertes ganas de orinar y no iba a esperar liberarme para vaciar mi vejiga, así que procedí a soltarlo todo sin importar que me ensuciara y después oliera a pipí, total, no había nadie cerca de mí. Fue relajante soltarlo todo, sentí el calor del orine recorrer una de

mis piernas; afortunadamente no me habían dado ganas del número dos.

Después de descansar una media hora, me decidí por no esperar que amaneciera. Ya estaba frente a la mesa donde estaba mi cuchillo, tenía que tomarlo, pero necesitaba colocarme de espalda hacia la mesa para poder tomarlo. Fui dando brinquitos en círculos, hasta que mis manos podían tocar la mesa con comodidad; comencé a tantear y sentí el frío acero de mi cuchillo. Tenía que ser extremadamente cuidadoso, mis manos fuertemente atadas no me permitirían manipular a mi antojo el cuchillo, pero sabía que podía tomarlo, había sido atado de tal manera que tenía cierta libertad de movimientos en mis dedos.

Me había puesto manos a la obra—literalmente—, a pesar que estaba muy cansado, y el hecho de estar pronto en libertad hizo que me olvidara del sueño y del cansancio. No sé exactamente cuántas horas estuve royendo las cuerdas, pero ya me había liberado las manos, lo siguiente iba a ser muy fácil...liberar mis pies.

Para cuándo ya estaba libre, noté que el Sol ya estaba saliendo, la tienda se estaba llenando de luz. Ya estaba completamente libre. La chica me había dejado agua y algunas galletas; me hidraté y tomé un desayuno ligero de galletas saladas, mis energías—no agotadas en su totalidad—se empezaban a recobrar. Ahora tenía que volver por el ducto hacia mi refugio, ya no sería el mismo refugio, había sido violentado y saqueado. De todas manera no me iba a ser eterno, ellos—mis captores—solo aceleraron lo inevitable. Solo me importaba una cosa en ese momento, que Pirata estuviese vivo o que no me lo hayan robado, lo último lo dudo, él no se dejaría agarrar por aquellos desalmados rufianes.

## CAPÍTULO XI.

Cuando finalmente me liberé ya había amanecido por completo, no había pegado un ojo toda la noche excepción de un breve descanso, tenía bastante sueño y me sentía muy agotado, mis rodillas y tobillos, es decir, mis articulaciones inferiores me dolían mucho y estaban inflamadas, pero no había tiempo para dolores, tenía que volver a mi refugio rápidamente. Me interné por el ducto del aire acondicionado para emprender el viaje de regreso. Volvía derrotado, desilusionado y lleno de frustración. Lo que al principio me produjo gran emoción y felicidad por el hecho de que tendría contacto con otras personas, en especial ligaba a que fuese con una mujer, ahora me producía una profunda decepción. A lo mejor el contacto con zombis es mucho mejor, al menos los zombis siempre serán eso, zombis, pero de las personas nunca sabes que puedes esperar; sin embargo estoy vivo para contarla y aquella rubia, era muy bella. Eso valió la pena, haber visto una hermosa mujer, si estuviese ella sola sería otra cosa, hubiésemos sido buenos amigos, creo que le gusté. De pronto, mientras iba gateando por el ducto, recordé con claridad quien era aquella rubia. Era la mujer que había corrido a mi lado y también junto a aquel oficial de seguridad el día que comenzó este asunto de los zombis, pensé que ella había muerto ese mismo día. Ahora me preguntaba si el oficial de seguridad había sobrevivido también, él sería un buen amigo, tal vez estaba como yo, escondido en alguna de estas tiendas.

Cuando hube llegado a la sala de mantenimiento, tuve que tomar un descanso obligatorio, era cierto que estaba muy cerca de llegar a la farmacia, pero estaba extenuado; así que en la sala me eché sobre varias alfombras que estaban enrolladas y apiladas, allí descansé y creo que me había quedado dormido por un breve instante. Después de ese breve descanso, no perdí más tiempo y continué mi recorrido. Cuando llegué a la ventanilla de mi refugio me lancé al piso de la farmacia y comencé a gritar: “¡Pirata!”,

inmediatamente el ave vino hacia mí, caminado todo gracioso como caminan los loros, me sentí feliz, mi amigo seguía vivo y conmigo. La farmacia estaba muy desordenada, habían llevado muchas medicinas y alimentos, sobre todo medicinas. Bebí agua copiosamente y después tomé unas galletas con mermelada y margarina para completar mi desayuno, comí tanto que sentí un profundo sopor. Tenía que dormir, así lo hice. Fui y me eché a dormir en el sofá de la oficina de la farmacia. Dormí al menos unas cinco horas seguidas y luego me levanté con la angustia de que aquellas personas podían volver por más. Ya ellos sabían cómo llegar a mi refugio por los ductos, pero peor aún, se habían llevado las llaves de los portones de la farmacia. Yo tenía que buscar asegurar la farmacia, o irme de allí lo más rápido posible. Y por algún extraño motivo había decidido quedarme en “mi hogar”, asegurarlo y defenderlo. Volví a comer, esta vez almorcé algunos enlatados, atunes y vegetales. También había llenado el plato de Pirata.

Lo primero que hice, después de almorzar, fue buscar la manera de asegurar los portones, necesitaba herramientas para ello, así que me fui a la sala de mantenimiento.

Tuve la convicción de que ese día y los siguientes, serían buenos días para hacer de mi refugio algo impenetrable contra zombis y contra humanos, siendo los últimos más peligrosos. Ahora estaba dispuesto a matar, nunca lo había hecho, pero los tiempos habían cambiado, mejor era que nadie se acercara a mi hogar, ya no sería la misma persona, nunca más.

## CAPÍTULO XII.

—Tenemos primero que explorar muy bien, y a detalle, ese centro comercial. No sé, tengo la corazonada de que encontraremos muchas cosas interesantes.

—Pero hay que hacerlo rápido y en solo dos días. Después se acabará con todo para que algo nuevo nazca...al fin algo nuevo.

El día en Puerto Ordaz era bastante soleado, como de costumbre. Un grupo de hombres hacía planes para entrar en el Centro Comercial del Sur con la esperanza de encontrar ciertas cosas que tuviesen mucho valor. El centro comercial era enorme, llevaba abandonado 20 años, “después de aquel terrible día” nadie se había atrevido entrar en él. Pero eso había cambiado, el sitio tenía que demolerse, un gran inversionista de Grecia quería el lugar, lo había peleado con un japonés, pero la gran influencia del griego finalmente se había impuesto.

Carlos Segura y Juan Sarmiento, ambos jefes de construcción y demolición, habían sido tocados por la codicia antes de demoler aquel enorme edificio que estaba cargado de mitos y leyendas urbanas. Nadie se atrevía a entrar en esa siniestra y lúgubre edificación, a excepción tal vez de algún vagabundo.

Después de aquella matanza perpetrada por aquel adolescente —hijo del dueño del Centro Comercial del Sur— las demandas judiciales crecieron en contra del dueño, al punto de quedar casi en la quiebra. Entonces al dueño y único propietario, prácticamente se le obligaba a vender a precio de gallina flaca su edificación, no obstante él prefirió conservarlo hasta que llegase el día para venderlo a un precio justo. La quiebra llegó, el Centro Comercial del Sur quedó al abandono por años, pero veinte años después alguien de afuera sí creyó en el gran potencial del lugar, había que demoler y luego levantar la nueva, hermosa y moderna estructura. Sería una larga y compleja construcción, ya no estaría más ese viejo centro comercial, ya no sería más Centro Comercial del Sur, irónicamente

se llamaría Centro Comercial del Norte, tendría diez espectaculares salas de cines, la ciudad de Puerto Ordaz estaba ansiosa.

Segura y Sarmiento y estaban dentro del lugar, estaban acompañados de albañiles de confianza. “Siempre se encuentra algo valioso antes de demoler”, pensó Segura mientras estaba parado en frente de una tienda que rezaba: *Farmacia del Sur*, este sitio estaba limpio, muy limpio; O le estaban jugando una broma o él estaba alucinando.

—Ingeniero, no está alucinando —le comentó un albañil.

—Es imposible —contestó el ingeniero. —Vamos a entrar aquí —ordenó el ingeniero Seguro.

La farmacia estaba asegurada con candados, fueron cortados inmediatamente, había cada herramienta para forzar la seguridad casi de cualquier cosa. Una vez dentro de aquella tienda, el ingeniero y sus trabajadores sintieron un extraño viento que los envolvió, de pronto, entre la tenue luz del lugar, alguien emergió, y este alguien apuntaba con algo que parecía un arma, también llevaba un ave sobre su hombro derecho. Cuando Segura agudizó la vista, pudo ver que se trataba de un hombre barbado vestido con una desgastada braga deportiva, el ave sobre su hombro era un loro, y la mano que no estaba armada sostenía un libro o tal vez un grueso cuaderno, a sus espaldas llevaba una mochila y en su cintura tenía un cinturón donde estaban encajadas varias herramientas o tal vez armas.

—Quietos, o morirán todos en este momento —habló el extraño hombre barbado.

—No dispare, somos los encargados de demoler este edificio. Hemos entrado al sitio para asegurarnos de que no haya nadie aquí —Mintió Segura, había entrado para encontrar algo de valor, aunque técnicamente estaba diciendo la verdad, eso sin mencionar que tenía que entrar al lugar junto al otro ingeniero para colocar los explosivos.

El ingeniero se había fijado que el arma que portaba el hombre era una pistola de bengala, aquello no era mortal, pero haría mucho daño; sin hablar del dolor y las quemaduras que dejaría.

—Este es mi refugio, este es mi lugar y ningún infernal zombi ni ningún humano carroñero me sacará de aquí —el hombre del loro apuntó directamente al ingeniero.

—¡Está bien, nos vamos! —exclamó el ingeniero, no quería tener la horrible cicatriz de una quemadura en su pecho. Así que ordenó a sus hombres salir. Dejaría el resto a la policía o la Guardia Nacional.

Segura se reunió con Sarmiento, le relató todo lo acontecido, hizo hincapié en que esa farmacia estaba casi intacta, como si el tiempo jamás hubiese pasado por allí. Le relató sobre el hombre barbado el cual tenía aspecto de un náufrago pero vestido con una ropa bien cuidada, y que además llevaba un loro sobre sus hombros. Al día siguiente, una foto y un video corto del misterioso hombre se había filtrado por algún descuido hacia la prensa de la ciudad, y las emisoras de radio hablaban de un enigmático hombre perdido en el tiempo, y la televisora regional informaba sobre un sobreviviente del Apocalipsis, un apocalipsis que realmente nunca llegó.

La sensacional noticia se apoderó de la ciudad, y eso ayudó a que los organismos de seguridad se encargaran de tener cuidado con la vida de ese hombre ya que la opinión pública estaba muy al tanto. Entonces, tres días después del hallazgo, la policía junto a la guardia nacional estaban mediando con “El Hombre Z”— así le empezaron a llamar los medios de comunicación—. Pronto la fiebre del Hombre Z se propagó por toda Venezuela.

—¿Quién es usted? —preguntó un capitán de la guardia nacional dirigiéndose al Hombre Z—. ¿Y qué hace aquí? —inquirió luego el capitán.

—Soy Ernesto Vladimir Castro. Y soy un sobreviviente del apocalipsis —contentó El Hombre Z.

Había al menos tres cámaras de televisión filmando toda la escena. La crisis política y económica de Venezuela estaba olvidada para los venezolanos en ese momento. El dialogo entre al capitán era cordial, pero se mantenía la distancia. Este capitán, de apellido Guevara, tenía órdenes a toda costa de no herir a aquel hombre, para ello tenían armas no-letales y aún así debían evitar usarse.

—¿Quiénes son ustedes, a cuál clan pertenecen? —preguntó Ernesto.

—Somos de la Guardia Nacional Bolivariana de Venezuela. No somos parte de un clan, hemos venido para invitarle a salir de aquí, de este centro comercial, porque va a ser demolido.

Ernesto apuntó con furia sobre el capitán de la guardia nacional, los subalternos del oficial y un puñado de policía detrás de Guevara, apuntaron también sus armas hacia Ernesto.

—Nadie me sacará de aquí. Ningún clan ha podido conmigo. Y te juro que te voy a matar si vuelves a decir una palabra, maldito carroñero —amenazó El Hombre Z.

—¡Salgan todos! —gritó el capitán, y la orden era para todos, incluyendo policías y la prensa con sus cámaras. Su voz había sido tan firme que nadie titubeó en salir.

Entonces, dentro de la farmacia, solo había quedado el capitán y el Hombre Z. El militar enfundó su arma, ahora tenía una expresión pacífica, mostraba confianza y Ernesto lo percibió pero aun así no dejó de apuntarlo.

—Bien, soy el Capitán Guevara. Y creo que hacemos una buena combinación, porque usted es Ernesto y yo Guevara...

—Ernesto Che Guevara —dijo el Hombre Z.

—Así es. Bien Ernesto, esta es la cuestión. Allá afuera hay un mundo normal. Mira, esto son los nuevos celulares —el capitán sacó de su guerrera un smartphone android, era grande, de seis pulgadas al menos.

Ernesto sintió curiosidad, el último celular que vio fue un Motorola Tango-300. El guardia nacional colocó música en su dispositivo, luego un vídeo. El capitán estaba a una distancia de cuatro metros de Ernesto.

—Han pasado los años, amigo —comentó el capitán.

—¿Han encontrado la cura? —preguntó Ernesto.

—Sí —Guevara empezó a seguir la corriente. —No exactamente, pero digamos que sí, aunque el mundo está casi igual de jodido como lo vistes por última vez, pero tenemos mejor tecnología. Se han curado muchas enfermedades, aunque el cáncer y el sida todavía siguen siendo un desafío.

—¿Y la Enfermedad Zombi?

—Sí, se ha erradicado. Pero hay gente mala todavía.

—¿Por qué me quiere fuera de aquí, este es mi refugio? —El Hombre Z señaló a su alrededor, al capitán le impresionó cuán limpio estaba el lugar, había además alimentos y medicinas. Era impresionante cómo ese hombre se había administrado durante tantos años. El capitán era apenas un adolescente cuando ocurrió la matanza en ese centro comercial. Sabía que Ernesto estaba falto de un tornillo en su cabeza, pero también sabía que estaba parado frente a un genio de la supervivencia. El capitán se preguntó si esa farmacia había quedado abastecida o el superviviente la había llenado de provisiones. Todo era confuso.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán señalando el cuaderno que sostenía Ernesto en la otra mano.

—No respondió mi pregunta, capitán Guevara. ¿Por qué me quiere fuera de aquí?

—Bien, este lugar tiene ahora otro dueño, y ese dueño ha pagado para demoler todo este centro comercial, levantará otro. Es que ya el mundo encontró “la cura”.

—No entiendo por qué haría tal cosa, esta es mi casa, mi hogar...mi refugio.

—Te puedo conseguir un mejor refugio. Si así lo deseas. Es más seguro contra los carroñeros y contra zombis.

—¿Por qué es más seguro? —preguntó Ernesto movido por la curiosidad y el interés.

—Por qué es un bunker, subterráneo además. Con provisiones para veinte años. Es contra de sismo, meteoros y contra el holocausto nuclear.

—¿Es contra zombis?

—Y contra vampiros también. Es el paraíso de los refugios.

—¿Y contra los extraterrestres?

—Ellos ni sabrían que existe un lugar como ese. Y además los podemos monitorear a ellos sin que se den cuenta. Ernesto, ven con nosotros, tendrás soldados protegiendo la entrada de tu nuevo refugio.

Guevara no mentía sobre ese bunker, realmente existía, no era contra todo pero casi contra todo, y sí era subterráneo. La Guardia Nacional y el Ejército solo lo usaban como polvorín. Había sido creado a finales de la década de los cuarenta por todo el temor que generó la Segunda Guerra Mundial

—¿Puedo llevar mi loro? Porque si no puedo llevar mi loro solo me sacarán de aquí muerto.

—Allá también hay aves.

—¿Y gatos? —preguntó Ernesto con preocupación.

—No hay gatos, solo un perro que está en la entrada, pero está viejo y cansado, solo ladra cuando nota algo extraño, se la pasa dormido al lado de los soldados.

—Bien, iré con ustedes. Pero si no existe tal refugio, volveré aquí y le juro que lo mataré.

—Le doy mi palabra —dijo Guevara, tocando su pecho del lado del corazón.

Ese día el Hombre Z se hizo amigo del capitán Guevara. Ese día, después de casi veinte años, Ernesto veía el mundo otra vez. Era hermoso y limpio, un poco ruidoso, por los muchos carros, pero hermoso y soleado. Notó que habían carros que jamás había visto, pero también estaban los carros viejos. Todo era nuevo para él. Ernesto iba en una camioneta Toyota junto al capitán, los medios de comunicación seguían esa camioneta. El capitán estaba autorizado para dar una rueda de prensa junto al Hombre Z en la comandancia de la Guardia Nacional, siempre y cuando lo trajeran intacto, en una sola pieza.

Ernesto causó revuelo en el mundo, era un sobreviviente Z real, bueno, no real, pero para él y para muchos fans sí lo era. Era cómo ver a Brad Pitt en la película Guerra Mundial Z. Algunos empresarios del entretenimiento, una vez que se enteraron de su historia y de su diario, hicieron planes para sacar provecho de la situación.

Ernesto se sentía cómodo, pero solo junto al capitán Guevara. La rueda de prensa se había dado, y Ernesto habló con soltura.

—¿Sabía usted que no hubo un Apocalipsis Zombi?, aquello que vivió usted fue una matanza perpetrada por el hijo del propietario —dijo un periodista.

—No sé de qué me habla, solo me quiere confundir. Tal vez usted está detrás de la conspiración Z. Lo que digo es que no se deben repetir los mismos errores. Yo por ahora me dirijo a mi nuevo refugio, espero que ustedes ya tengan el suyo. Hemos superado la Enfermedad Zombi, ahora vendrá esa bacteria que convertirá a toda carne en vampiro, y ellos no se sacian, y a diferencia de los zombis conservarán de manera intacta, la inteligencia humana.

La rueda de prensa estaba terminando, aquel periodista era el último de cuatro que habían sido autorizados para hacer preguntas.

El capitán Guevara había ordenado que acondicionaran rápidamente una habitación bastante cómoda para Ernesto, dentro del bunker. Y así fue como pudieron convencer al Hombre Z de salir del centro comercial, llevándolo para otro refugio, no podían meterlo preso, nunca había hecho mal a nadie; en cambio sí lo pudieron haber llevado a un centro de psiquiatría, pero especialistas habían determinado que no estaba loco, solo fue un hombre que decidió escaparse de la realidad, de la dura realidad de la vida que todos nosotros nos toca afrontar a diario. Había decidido vivir su propia fantasía, la había convertido en su realidad, y todos sus pensamientos estuvieron volcados en la construcción de ello, los especialistas le llamaban a eso “el síndrome del Quijote”. Ahora bien, nadie se explicaba cómo era que aquella farmacia estaba abastecida, limpia y segura para servir de refugio, pero así estuvo, abastecida con diversos productos del hogar, víveres y medicamentos.

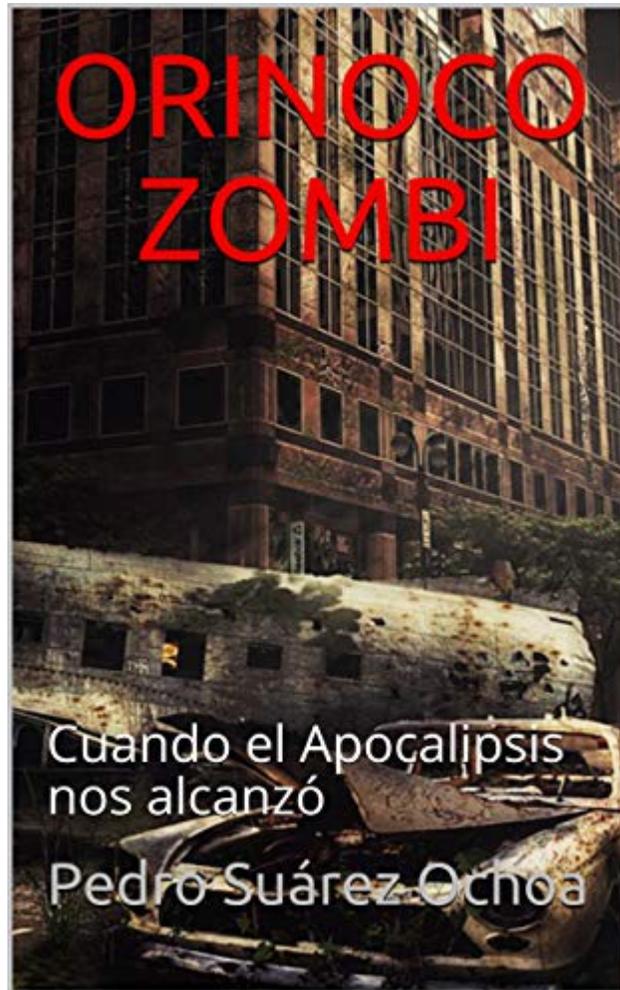
Ernesto, el Hombre Z, solo vivió casi tres meses en el polvorín de la Guardia Nacional, porque gracias a su diario, o a todos sus diarios, porque no era uno solo, llegó a ser millonario en muy poco tiempo. Y con la fortuna amasada, comenzó a construir su propio refugio, a su manera. Entonces, la fama se convirtió para él en un verdadero apocalipsis, así que volvió a aislarse definitivamente, permaneciendo solo, otra vez, con la única compañía de su loro y con aquella “hermosa rubia” que lo había secuestrado con aquellos carroñeros. Era aquella mujer, que cuando al inicio del Apocalipsis Z, huyó con él, subiendo por las escaleras del centro comercial, y que en un instante había dejado de ver. Todas las noches se

preguntaba si ella aún vivía, dónde estaría, llegó a pensar que estaba enamorado de ella, “estoy enamorado de ti”, dijo para sí una noche antes de dormir en su refugio.

Una noche, de esas noches cálidas y apacibles de Puerto Ordaz, comenzó a haber muchas explosiones y sonido de metralletas. El Apocalipsis de los Vampiros había llegado, “no me equivoqué”, pensó Ernesto. Pero en realidad no era tal apocalipsis, pero sí estaba sucediendo un evento muy graves. Estados Unidos y sus Aliados estaban invadiendo a Venezuela para deponer al Presidente Nicolás Maduro; todo el país estaba ardiendo en llamas y miles y miles de personas morían por los incesantes bombardeos. Tal invasión se había complicado, ya que llevaba más de tres meses en curso, cuando realmente se tenía previsto que durase solo treinta días.

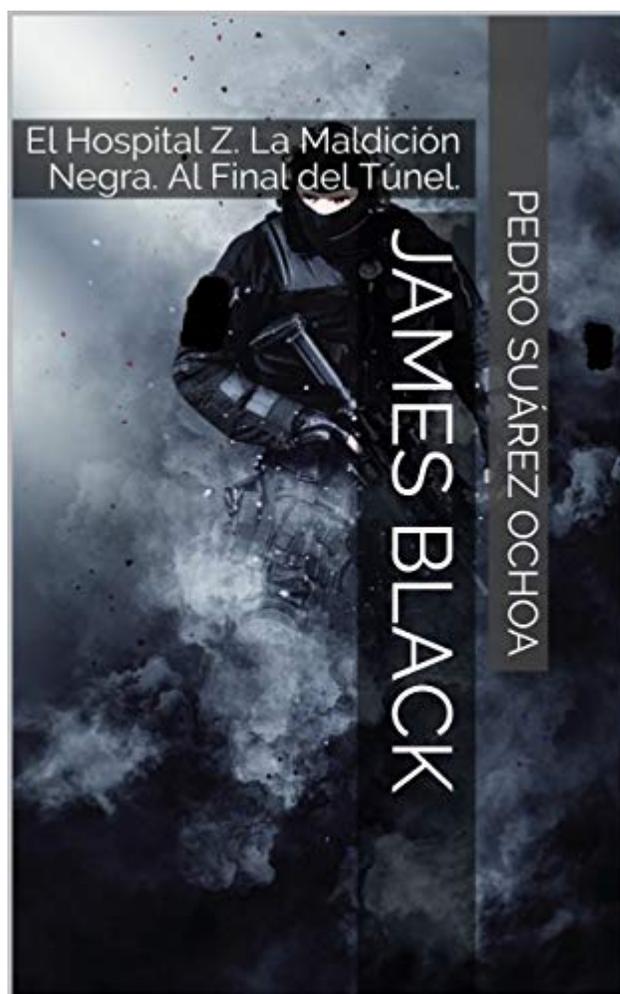
La tierra de Venezuela otra vez se bañaba en profusa sangre, al final no fueron los zombis ni los vampiros que la destruyeron, fueron los seres humanos sanos sin ningún tipo de virus o bacteria que haya alterado su genética. O tal vez siempre fuimos eso, vampiros y zombis, y Ernesto siempre lo supo, El Hombre Z estaba a salvo y Pirata sobre su hombro, como fiel compañero, tal como El Quijote y Rocinante, tal vez ambos —Ernesto y el Hidalgo nunca tuvieron locos, solo fueron más cuerdos que todos nosotros.

Otras obras del autor:

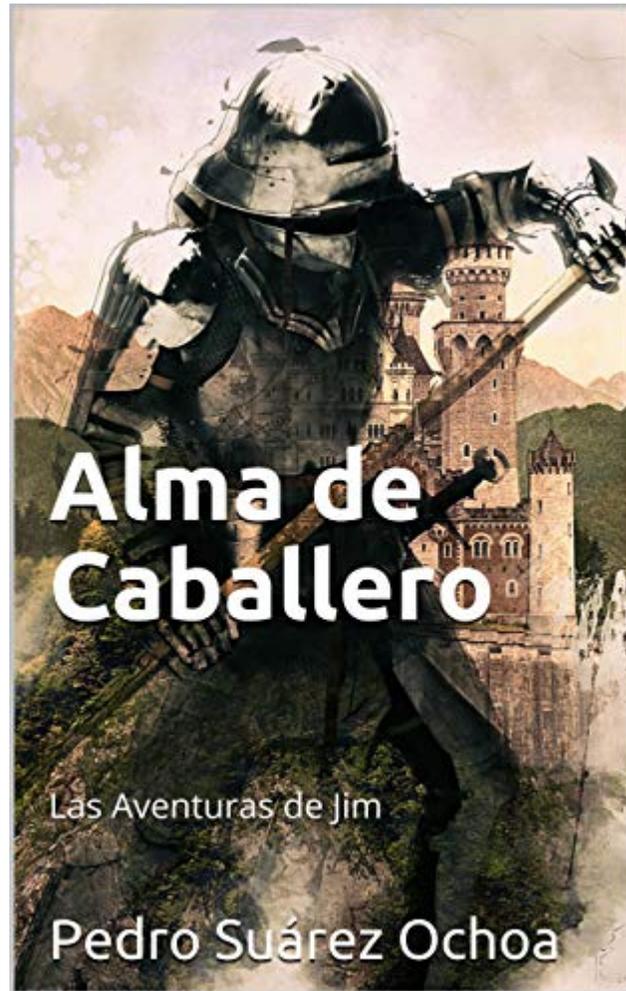


<https://www.amazon.es/dp/B07KZW68NP>

<https://www.amazon.com/dp/B07KZW68NP>



<https://www.amazon.es/dp/B07MYBXMK3>  
<https://www.amazon.com/dp/B07MYBXMK3>



<https://www.amazon.es/dp/B07NDFZXDQ>  
<https://www.amazon.com/dp/B07NDFZXDQ>



<https://www.amazon.es/dp/B07123L3MT>  
<https://www.amazon.com/dp/B07123L3MT>